

VÍCTOR MANUEL ALGARRA PARDO *

UN GRAFITO DE ÉPOCA VISIGÓTICA DEL YACIMIENTO DEL PLA DE NADAL: CONTEXTO GRÁFICO Y ALFABETISMO

RESUMEN

El presente artículo pretende dar a conocer un testimonio escrito de época visigótica, un grafito aparecido en el yacimiento del Pla de Nadal (Ribarroja, Valencia), que puede ser fechado hacia mediados del siglo VII, y efectuar una aproximación al contexto gráfico y del alfabetismo de ese período.

SUMMARY

In this article we show a visigothic written evidence: a graffiti appeared in Pla de Nadal site (Ribarroja, Valencia), which can be dated around the middle of the eighth century A.D. We also try to make an approach to the graphic context and the alphabetism of this period.

Para una persona que participe de la cultura occidental contemporánea, la escritura es un código de comunicación de uso cotidiano firmemente establecido. Los diferentes usos de la escritura (librario, documental y expuesta) y de los modos de producción gráfica (donde la informática está desbancando al resto), están no sólo al alcance de los sectores más amplios de la población, sino que, además, se han constituido en el elemento vertebrador de las diversas pautas de relación social, económica y política. Especialmente significativo es el uso que nuestra cultura hace de las escrituras expuestas. El componente eminentemente urbano, la exteriorización de los actos tanto públicos como privados y, por supuesto, el alto grado de alfabetización conseguido, han originado semejante contexto gráfico. No se insistirá sobre el papel que la escritura juega en nuestra sociedad, su simbolismo, ni tampoco en los mecanismos de apropiación utilizados por parte de los diferentes grupos.

* Departamento de Historia de la Antigüedad y de la Cultura Escrita. Unidad Didáctica de Paleografía y Diplomática. Universitat de València.

En la Antigüedad, este ambiente gráfico, donde la escritura en sus diferentes usos se convierte en una necesidad comunicativa, únicamente encuentra paralelismos en el mundo romano, y en especial durante su etapa imperial. Como G. Cavallo (1978) manifestó, la sociedad romana imperial, con su afán civilizador en torno a las «civitates» y la también exteriorización de los actos públicos y privados, optó por el uso de la escritura como canal de codificación de toda la gama de *items* informativos imprescindibles para el mantenimiento de las estructuras socioeconómicas y políticas, y por ello de poder, de tan vasto imperio. La mayor parte de los individuos, alfabetizados o no, fueron partícipes de alguna manera de las redes de circulación de lo escrito, bien sea de forma activa o pasiva, modalidad esta en la que las escrituras expuestas jugaron un papel decisivo.

Sin embargo, esta perspectiva se irá diluyendo paulatinamente a partir del bajo imperio, llegando a una situación diferente en los primeros siglos de la alta Edad Media, donde ese canal comunicativo que representaba la escritura, ya no se ajustará a las nuevas necesidades. No debemos ver en ello un retroceso o un paso atrás en una supuesta dinámica evolutiva. Simplemente, otros elementos entrarán en juego y se adaptarán mejor a las exigencias sociales que se impusieron desde el siglo V en adelante. Es en este contexto donde habrá que situar el objeto de nuestro estudio, una pequeña muestra del uso de la escritura a mediados del siglo VII, un grafito hallado en las excavaciones realizadas en el conocido complejo aúlico del Pla de Nadal, que deberá incluirse en el seno del reducido conjunto de testimonios gráficos conservados en tierras valencianas de época visigótica.

1. GRAFITO: AUTOR Y CONTEXTO

El año 1989 se dieron por finalizadas las labores de excavación del yacimiento conocido por Pla de Nadal, situado en el término municipal de Ribarroja (Valencia), bajo la dirección de E. Juan e I. Pastor.¹ Como resultado de las distintas campañas de excavación, se ha documentado un complejo aúlico de finales de época visigoda de singulares características, fundamental para el conocimiento de esta cultura, no sólo para tierras valencianas, sino para todo el ámbito de la Península Ibérica. A pesar de continuar en fase de estudio, los materiales, de clara filiación visigoda «impregnados de bizantinismo», ofrecen una cronología para el momento de fundación hacia la segunda mitad del siglo VII (JUAN y PASTOR 1989, 178).

Una de las características más notables, en cuanto a los materiales recuperados, es el grandísimo número de elementos escultórico-arquitectónicos existentes, muchos de ellos decorados. Fue una de estas piezas la que sirvió de soporte

¹ Desde aquí quiero dar las gracias por las facilidades ofrecidas por parte de Empar Juan e Ignacio Pastor.

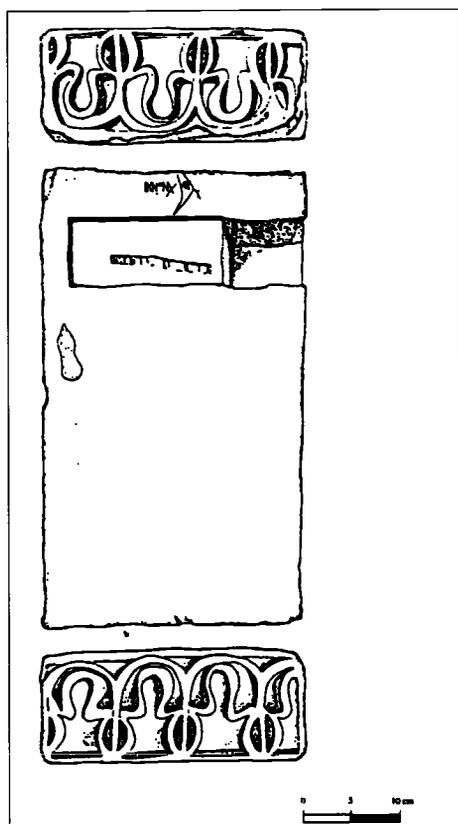


Fig. 1.- Pieza nº 287-85.
Dibujo de Paloma Berrocal Ruiz

excepción, pues son abundantes los testimonios de otros *graffiti* en piezas similares a las de este friso o en otros elementos como veneras o cruces. La temática, que no desarrollaremos, es muy variada, desde motivos geométricos, cruces, hasta otros más elaborados, tanto vegetales como zoomorfos, con un programa figurativo y simbólico complejo. Como ejemplo presentamos un grafito que aparece en el mismo friso que el ahora estudiado (fig. 2). No sería en absoluto extraño que un estudio más profundo del resto de elementos escultórico-arquitectónicos permitiese conocer nuevos testimonios gráficos.

para el grafito que ahora nos ocupa,² concretamente la número 287-85 del inventario (fig. 1). Esta pieza pertenece a un elemento de friso aparecido en el pórtico este de la villa aúlica. Sus dimensiones son 11 cm. de alto por 45 cm. de ancho y 28 cm. de longitud. Posee una sección rectangular, con una decoración a dos caras opuestas en las bandas laterales de menores dimensiones, por lo que pudo pertenecer a uno de los pilares de dicho pórtico (JUAN y PASTOR 1989, 150). Estas dos caras presentan motivos de trifolios o «flores de loto» en serie lineal (JUAN y PASTOR 1989, 165). La cara superior, donde se localiza el grafito, que iría encajada en la fábrica del pilar, y por ello oculta, posee un rebaje que corresponde con la mitad de una caja para grapa, lo cual indica que otra pieza de similares características se encajaría con la descrita.

Antes de centrarnos en la descripción del grafito hemos de indicar que éste no constituye una

² La información a cerca del contexto arqueológico y la descripción del soporte del grafito se ha obtenido a partir de trabajo de E. Juan e I. Pastor (1989), así como por comunicación oral con la directora de las excavaciones.

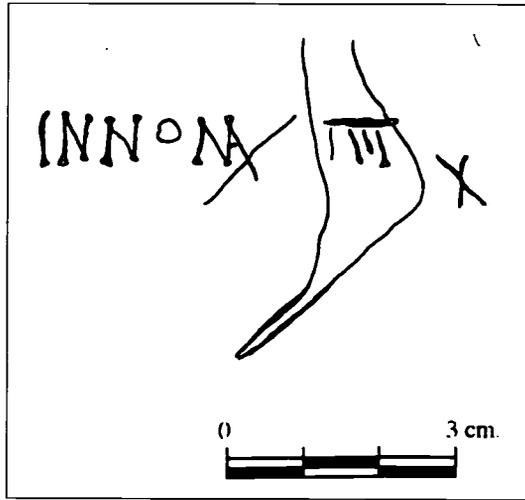


Fig. 2.-

El grafito (fig. 3) posee unas dimensiones muy reducidas, tan sólo ocupa 6 cm. de largo por 4 cm. de ancho, y se halla centrado en la parte superior del rectángulo, justo por encima del rebaje para la caja de la grapa, en una banda de 4-5 cm. entre éste y uno de los extremos. Se desarrolla en una sola línea de escritura, con una incisión muy ligera sobre la piedra. La transcripción que hemos realizado es la siguiente:

In nona(s) III
X

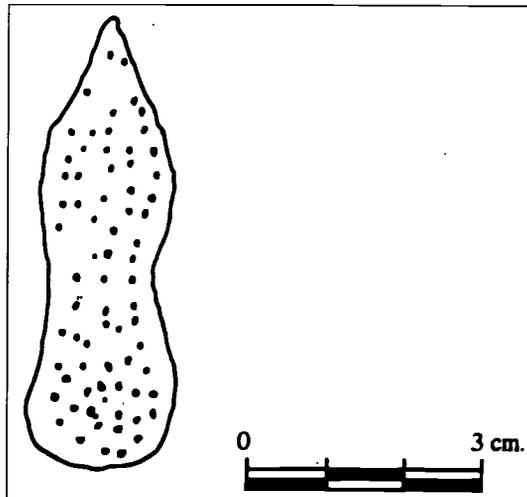


Fig. 3.-

Por lo que respecta a las características gráficas podemos señalar las siguientes: la letra O presenta un módulo reducido con respecto al resto de las letras; la N y la A forman un nexo; igualmente, el astil descendente de la A está atravesado por una línea oblicua, correspondiendo al signo general de abreviación, por lo que la palabra «nonas» está abreviada por truncamiento; a causa de la ligera incisión, existen dificultades a la hora de apreciar si la A posee o no travesano. El numeral III, incluido dentro de una cartela, presenta una barra horizontal superior que, como veremos seguidamente, puede conferirle un valor de 3.000. Finalmente el otro posible numeral, X, está desplazado algo más bajo que el resto del grafito.

El tipo gráfico utilizado es la escritura capital, constatado su uso no sólo entre las escrituras expuestas o epigráficas, sino también en el ámbito librario. Los paralelos más inmediatos los encontramos en las mismas sedes episcopales de *Valentia* y *Saetabis*. El trazado de sus letras es idéntico al de la inscripción tradicionalmente atribuida al obispo Justiniano de Valencia (ICERV, 356) y que recientemente se ha demostrado su filiación con el obispo Anesio (CORELL 1989). Ciertamente, el grafito sólo posee seis letras, de las cuales tres son las mismas, pero nos parecen suficientes para defender la estrecha relación entre ambos testimonios. Grafito e inscripción presentan unos astiles rectos y bien trazados que se rematan con los típicos refuerzos superiores e inferiores de forma tendente al triángulo. La coincidencia se observa, incluso, en la barra oblicua de la letra N, que en ocasiones parte directamente del extremo del primer astil, con un desarrollo totalmente recto, y en otros casos lo hace desde un punto más bajo y ahora tiende a desarrollar una línea sinuosa (compárese, como ejemplo, la N de «constructu» de la inscripción, lín. 1, y la de «in» del grafito, frente a la de «nempe», lín. 3, y la primera de «nonas»). Su atribución al obispo Anesio proporciona una reveladora aproximación temporal entre ambas piezas. Si las reformas del templo, aludidas en el texto, se efectuaron en su tercer año de pontificado y éste se inició en el 646, según la rúbrica del VII concilio de Toledo (LLOBREGAT 1977, 84; VIVES 1963, 258; CORELL 1989, 69), el período de construcción de la villa del Pla de Nadal no se hallaría muy alejado del 648, fecha probable de la realización de la inscripción.

Sin embargo, los paralelismos paleográficos no terminan con la inscripción de Anesio, otras piezas del siglo VII pueden relacionarse con el grafito. En la misma sede valentina, de ser digno de crédito el dibujo realizado por F. Pérez Bayer, el actualmente desaparecido epígrafe de un obispo no identificado (ICERV, 2160) posee una capital similar a la de la inscripción de Anesio y el grafito. Hübner (1871, núm. 184), no obstante, la data entre los siglos V-VI, según la información de F. Pérez Bayer. También de *Valentia* y *Saguntum* son las acuñaciones de monedas de los reyes visigodos, Gundemaro, Sisebuto, Suinthila, Khintila y Egica, centradas a lo largo de todo el siglo VII (PETIT Y ALEDÓN 1982, 45-47). Especialmente significativas son las acuñaciones de los tres primeros reyes. En las de Gundemaro y Sisebuto podemos apreciar idénticos refuerzos en las letras N e I, así como una O de un módulo inferior. Por último, la inscripción del obispo Athanasio de Xàtiva, datada hacia el 660 (ICERV, 317), posee también N e I con refuerzos superiores e

inferiores, alternancia de los dos tipos de N y el uso de letras de reducido módulo (Ventura 1972, núm. 46, lám. X).

En campo librario encontramos también paralelismos, si bien el número de testimonios conservados es muy reducido y ninguno de ellos relacionados con las actuales tierras valencianas. Aparte de su uso jerarquizado en los «incipit» y encabezamientos de capítulos, sólo se han conservado dos folios (ff. 23 v-24) dentro del misceláneo *Codex Ovetensis* de la Biblioteca de El Escorial (R-II-18) con la epístola métrica del rey Sisebuto a Isidoro de Sevilla *De Eclipsi Lunae* (CLA, 1631). La capital «rústica» de esta epístola del siglo VII, aun diferenciándose de la bien escuadrada capital epigráfica, presenta idénticos refuerzos y letras de semejante factura.

Por todo ello, podemos concluir que la cronología obtenida a partir del registro arqueológico coincide perfectamente con la comparación gráfica de los diversos testimonios epigráficos conservados en Valencia centrados en el siglo VII y los librarios, aun no siendo de esta misma área. Así pues, se puede aceptar la fecha a partir de mediados del siglo VII como la más probable para la realización del grafito.

Quedaría ahora por responder a las cuestiones de quién pudo ser el autor del grafito, cuáles eran sus competencias gráficas y, por ello, los modelos gráficos utilizados en la redacción, y finalmente, cuál sería la función a la que se destinó.

Por las características gráficas (tipo de escritura, uso de nexos y abreviaturas típicas de las inscripciones), el soporte de la escritura y el contenido textual, todo apunta a que nos hallamos ante una nota personal de un profesional, posiblemente un picapedrero, efectuada durante el proceso de labra de los bloques de piedras que serían encargados para las obras de la villa del Pla de Nadal. El grafito se compone de dos partes. Por un lado, una fecha, en las nonas de un mes y un año que nos es desconocido, por otro, un numeral.

La segunda parte del grafito, los numerales, permite suponer la razón por la que se efectuó el trazado de la fecha. Se ha de señalar, en primer lugar, que, como en el existente o no travesañ de la A, se plantean dificultades a la hora de determinar con seguridad si se trazaron tres o cuatro barras. Si bien nosotros lo hemos transcrito por III, existe una primera barra que tal vez pertenezca al grafito o que tan sólo sea una incisión de la piedra. De cualquier modo, caben dos interpretaciones a esta cifra, la primera que corresponda a la fecha, con lo cual sería el día tres o cinco de un mes, o, como creemos, se refiera a una cantidad.

Son relativamente numerosos los testimonios de cifras en piezas de características similares a la estudiada. Las más abundantes son las pizarras visigodas con numerales, ocupando todo o parte de su contenido. M. Díaz y Díaz (1961), las denominó de tipo Lerilla, para diferenciarlas de aquellas que poseían texto o de tipo Diego Alvaro. Hasta el momento, no se ha dado una explicación totalmente aceptable a estas series de números. Tampoco se ha reflexionado sobre el hecho de que algunos números poseen una barra superior como la del grafito y otros no la tienen. Únicamente ha sido constatado el fenómeno y se ha tendido a leer las cifras una seguida de las otras, dando el valor de I, V, X, etc, con o sin barra, por

el que todos conocemos. Idéntico valor se dio a los numerales de una de las tabletas Albertini (COURTOIS y otros 1952, p. 300), si bien aquí la interpretación que los autores le dieron, de carácter mágico, difiere sustancialmente con las anteriormente expuestas. Para el grafito, el hecho de que se halle dentro de una cartela que lo aísla de la fecha, nos parece indicativo de que se trate de una cantidad referida a materiales, posiblemente bloques de piedra, para los que la cantidad de tres parece algo corta. La barra está atestiguada como signo que multiplica por mil a una cifra (CAPPELLI 187, 413-421). Un ejemplo ilustrativo lo encontramos en los *graffiti* hallados en la localidad francesa de La Graufesenque correspondientes a las cuentas efectuadas sobre objetos cerámicos en el famoso centro productor de cerámicas romanas de época imperial. Hermet (1934, 294) los interpretó como el recuento de las piezas de una hornada. En cada uno de estos *graffiti* se registraban alrededor de unas 30.000 piezas, siendo el sistema más usual la utilización de los numerales romanos con una barra que los multiplicaba por mil (HERMET 1934, 307-308).

Respecto al segundo numeral, fuera de la cartela y desplazado de la línea de escritura, desconocemos cuál era su significado. Así pues, el grafito debió servir como anotación de algún pedido, realizado tal vez no a pie de obra sino en el taller de tallado de piedras que abastecería a la construcción.

¿Pero cuáles pudieron ser las razones de la elección de la escritura capital, imitando modelos epigráficos? El concepto más habitual de *graffiti* es el de una escritura, generalmente clandestina, que usurpa espacios públicos en principio no concebidos para albergar mensajes gráficos, o que si lo estaban respondían a programas emanados desde un ente de poder o desde un privado sin la pretensión, al menos aparente, de subvertir el orden social. Estos *graffiti* pretenden llamar la atención ante un hecho determinado, una ideología o cualquier otra información que aspira a ser transmitida a la mayor parte posible de la comunidad, a través de un canal prohibido, del cual el autor ha efectuado una apropiación ilícita. Para ello se valdrá de los mecanismos necesarios para la mejor difusión y decodificación del mensaje, incluso por aquellos que no posean una competencia gráfica elevada. Ubicación en lugares centrales o significativos en relación a la información; el recurso al apoyo figurativo para la comprensión del texto; o la utilización de tipos gráficos fácilmente legibles, como la escritura capital, serán algunos de esos elementos que permitan la óptima recepción del mensaje.

Sin embargo, junto a este tipo de *graffiti* hay que diferenciar, al menos, otro grupo cuya razón compositiva no presenta como objetivo principal la exposición pública de un hecho, sino la plasmación de una motivación privada, para un consumo estrictamente privado o sin pretensiones conscientes e inmediatas de ser expuesto. El uso de un mismo término para ambos fenómenos puede ser origen de confusiones, pues la no exposición de una idea personal implica cambios sustanciales: el tipo de soporte gráfico ya no ha de ser una pared u otro similar, sino cualquier material sobre el que pueda trazarse signos gráficos y que esté al alcance del usuario; ya no se buscará un lugar significativo para el trazado y la recepción del mensaje, sino que éste será el espacio inmediato al autor; y la elección del

tipo gráfico se adecuará a aquella escritura personal, de uso cotidiano, aprendida durante el proceso de formación alfabética, sin recurrir a tipos jerarquizados.

Según esto, y en condiciones que presuponen un aprendizaje escolástico, la escritura cursiva parecería la más adecuada para lo que podría calificarse como «notas», bien en soportes perecederos (como el papiro) o impercederos como en el caso del grafito del Pla de Nadal. Un ejemplo del uso de la escritura cursiva en anotaciones lo encontramos en los ya mencionados *graffiti* de La Graufesenque (PETRUCCI 1962). También cursiva es la escritura de las pizarras del centro peninsular, aunque por la temática de sus contenidos que abarca desde notas personales, ejercicios escolares, hasta documentos de carácter notarial, entre otros (VELÁZQUEZ SORIANO 1989), no se incluyen normalmente en el grupo de los *graffiti*, con los que tan sólo comparte el tipo de soporte impercedero. Finalmente, el autor del «grafito de Fontcalent», inciso en un pequeño fragmento de cerámica y redactado en minúscula cursiva, tampoco recurrió a un programa que pretendiese la exposición. Bien sea su finalidad la interpretada por Llobregat (1977, 23-24) como testimonio de la condición cristiana del autor, o la de recordatorio del paso por el lugar del hallazgo, esgrimida por Buchner (1971, 195-201), parece responder a unos intereses personales que, aun pudiendo ser conocidos por otros, no implican una recepción masiva de la información ofrecida por el grafito.

La no utilización de la escritura cursiva, en el caso del grafito del Pla de Nadal, da luz sobre los mecanismos de aprendizaje de la escritura por parte del autor. Si a la elección de este tipo gráfico le añadimos la aparición en tan corto período textual del nexo NA, corriente en las inscripciones, el recurso a las letras de módulo reducido, o el uso del signo de abreviación (utilizado, entre otras, en la abreviatura de kal(endas), también en el ámbito epigráfico), podemos suponer que el autor (¿un maestro picapedrero?) copió los modelos gráficos de la epigrafía porque ésta debió ser la única fuente a partir de la cual adquirió su competencia gráfica. El contacto con las inscripciones pudo efectuarse por cuestiones profesionales al trabajar en un taller de labra y/o decoración de la piedra que también podía realizar los encargos (que creemos esporádicos) de inscripciones. No obstante, no deberemos olvidar el papel generalizado de las escrituras expuestas como instrumentos alfabetizadores, bien constatado en el mundo romano (SUSINI 1982, 150-155).

2. CONTEXTO GRÁFICO Y ALFABETISMO DEL SIGLO VII

Si exceptuamos los diversos trabajos destinados a la publicación de los testimonios gráficos conservados, no existe ningún estudio que se haya ocupado de forma exhaustiva por reconstruir todo el panorama gráfico y de alfabetización del actual País Valenciano en época tardoantigua hasta la llegada de los musulmanes (GIMENO 1990, 197). Esto se ha debido a la escasez de las piezas que nos han llegado o a la no existencia de figuras señeras de la cultura de esa época como sí las hubo en otras zonas de la Península. Son, sin embargo, estos factores

los que se deberán tener en cuenta a la hora de abordar cualquier estudio sobre los tipos de producción gráfica, el uso de la escritura o los niveles de alfabetismo, sin perder nunca de vista que la situación cultural valenciana se ha de comprender en el seno de una misma dinámica para todo el Occidente, aunque puedan diferenciarse diversos centros y zonas periféricas en la cultura de estos siglos.

Como una primera aproximación, quisiéramos efectuar un repaso a los testimonios escritos, suficientemente conocidos, relacionados con el territorio valenciano entre los siglos v al vii y especialmente en los de este último. Repaso que no sólo pretende ser numérico, sino que, en la medida que de provisional tiene este estudio, quisiera valorar la situación social y cultural de sus emisores.

Para estos tres siglos, el número de testimonios conservados o conocidos por noticias fidedignas no supera los quince, todos ellos pertenecientes a escrituras expuestas, sean inscripciones o *graffiti*. A éstos habría que sumar las acuñaciones monetales del siglo vii de *Valentia* y *Saguntum*.

El único ejemplo de inscripción funeraria (tipo este tan abundante en época romana y que muestra la difusión, o al menos la cotidianidad, del uso de la escritura) es la del sepulcro de Severina de Denia, que según diferentes autores se debería datar entre los siglos v o vi. Por el tipo de monumento, un sepulcro con cubierta de mosaico, podría suponerse una condición social elevada de la persona allí enterrada (ICERV, 261). De cualquier modo, llama la atención que sea solo éste el único testimonio de inscripción sepulcral (a excepción del epitafio laudatorio de Justiniano, de características evidentemente especiales, y la de un obispo indeterminado de Valencia), con una cronología alejada del siglo vii y de tradición norteafricana.

Otro grupo de inscripciones está relacionado directamente con la figura de un obispo o con algún asunto de origen eclesiástico. La primera, y posiblemente más antigua, entre los siglos v o vi, es la inscripción fragmentaria de Denia, que Hübner (IHC 411) y Vives (ICERV 327) interpretaron, con diferentes lecturas, como una inscripción conmemorativa de la deposición de reliquias de santos, y que según E. Llobregat (1977, 21) supone la consagración de un altar o iglesia. Del siglo vi sería la inscripción conservada en un códice de la Biblioteca Nacional de París (ms. Lat. 8093), referida al obispo Justiniano de Valencia (ICERV, 279). De cronología dudosa es la ya citada inscripción funeraria de un obispo indeterminado de Valencia, que Hübner (IHC, 184; ICERV, 2160) situaba entre los siglos v-vi, y que, como vimos, podía tener similitudes paleográficas con los diversos testimonios del siglo vii. Finalmente, del siglo vii son otras tres inscripciones, una la ya mencionada inscripción del obispo Anesio de Valencia, que conmemora la realización de unas obras en la basílica de esta ciudad (ICERV, 356), la segunda del obispo Athanasio de Xàtiva, igualmente conmemorativa de un altar (ICERV, 317), y la tercera un fragmento de inscripción hallada en las excavaciones del solar de la Almoina de Valencia, en la que se podría hacer referencia a un «primatus», alto cargo eclesiástico (ESCRIVÀ 1991, 186). En todas ellas vemos, pues, cómo el emisor no es otro que la cabeza dirigente de la Iglesia en una ciudad.

Dos inscripciones más, de las que tan sólo existe publicada una noticia,

pues permanecen en fase de estudio, son las también aparecidas en el yacimiento del Pla de Nadal, correspondientes a un monograma y a una venera que contiene un nombre personal (JUAN y PASTOR 1989, 159 y 171). En este caso, como en el grupo anterior, se asociarían a personajes de la élite política y social del momento.

Para finalizar, recordaremos la inscripción inacabada conocida como del «Cristus magis» (ICERV, 564), de la que poco nuevo puede decirse y el también famoso grafito de Fontcalent (LLOBREGAT 1977, 23-24; BUCHNER 1971, 195-201). Esta pieza, por sus características textuales, gráficas (escritura cursiva) y del material usado como soporte (un fragmento de cerámica), puede ser la única que, junto al grafito del Pla de Nadal, atestigüe un uso de la escritura fuera de los canales más o menos oficiales y de élite, al no corresponder al tipo de inscripción concebida como tal y por ello revestida de un programa no sólo gráfico, sino también espacial con fines de exposición pública.³

Las diversas acuñaciones de monedas de la monarquía visigoda cierran el panorama gráfico valenciano para estos siglos. Este número tan reducido de materiales contrasta con la gran producción de escrituras expuestas en períodos precedentes. Este retroceso evidente de la producción se acompaña de su uso casi exclusivo por parte de una clase muy determinada de la sociedad. Los fenómenos que configuraron esta situación parecen estar relacionados entre sí. Por un lado, la escasez de testimonios nos habla de una caída del alfabetismo, pero también de un cambio mental en cuanto al papel de la escritura expuesta como canal de propaganda pública. Incluso las élites, que sí hicieron uso de ella, no parece que llegaron a potenciar este canal al nivel de períodos anteriores. Otras clases sociales que podían darse a conocer a través de monumentos como los de tipo funerario, tampoco parece que mostraron especial interés o no estaban capacitadas para recurrir a la escritura. Así pues, retroceso del número de alfabetizados, pero también cambio en las actitudes sociales en cuanto al papel comunicativo de la escritura, parecen los motivos que perfilan esta situación.

Otros usos de la escritura hablarían en este mismo sentido. Respecto a la producción libraria, el recuento efectuado de los libros conservados a partir de la obra de E.A. Lowe, *Codices Latini Antiquiores* (CLA), ofrece un número aún más reducido que el de las inscripciones, alrededor de los diecisiete, contando las diferentes obras de otros tantos códices que un mismo ejemplar puede albergar actualmente. Número aún más reducido si se piensa que lo son para toda la península Ibérica. La gran mayoría de los códices, escritos en uncial o semiuncial, pertenecen al siglo VII, pero ninguno parece relacionarse con un centro de copia valenciano. Según Lowe y otros autores que han tratado este tema (DÍAZ Y DÍAZ 1976, RUIZ ASENCIO 1991, 177-188), los libros pudieron copiarse en aquellos lugares que, o bien poseían una tradición cultural importante desde época romana como

³ A estas piezas habría que añadir pequeños fragmentos de incipciones aparecidos en diversas excavaciones de Valencia, de cronología muy dudosa, y un grafito hallado en un cancel en las recientes excavaciones de la cárcel de san Vicente de Valencia (R. Soriano 1990, 33-34).

Sevilla, Tarragona o Zaragoza, o que la habían adquirido por representar un núcleo de poder en época visigoda, como es el caso de Toledo o la Cataluña norte entre los Pirineos y la Septimania.

También ha quedado documentada, a nivel peninsular, la existencia de bibliotecas, ya sean monásticas, episcopales, de la corte o privadas (DÍAZ Y DÍAZ 1958, 818-820). En el caso valenciano se ha hablado de la ubicación en estas tierras del monasterio Servitano, fundado por el abad Donato, en el cual existiría una biblioteca que contendría los fondos traídos por el mismo monje desde Africa, según cuenta san Ildefonso de Toledo en su obra *De Viris Illustribus*. No obstante, E.A. Llobregat (1977, 98-100) defendía una localización fuera de la sede valentina, posiblemente en Ercávica (Cuenca).

Es innegable que una gran cantidad de libros se han perdido a lo largo de los diferente períodos, ya desde la conquista musulmana. A pesar de ello, este escaso número de ejemplares debe ser contemplado en un contexto que abarca a todo el Occidente, donde el retroceso de la cultura escrita es evidente.

Dentro del retroceso cultural habido en Occidente desde el siglo V, y que sin duda debemos rastrear a partir de la crisis coyuntural del siglo III, el siglo VII ha sido considerado, por diversos autores, como una etapa de un cierto esplendor cultural de la Península, que tendría su reflejo en la documentada actividad literaria, y en el mayor uso de la escritura a nivel personal (como sería el caso de las pizarras). El profesor Díaz y Díaz ha sido uno de los investigadores que han documentado los diferentes fenómenos a nivel peninsular. En uno de sus trabajos dedicado a la cultura del siglo VII en la España visigótica (DÍAZ Y DÍAZ 1958, 813), opinaba que en esta centuria se dio una extensión cultural que implicó a «todas las capas sociales». Las razones de este resurgimiento se hallaban en la política de creación de escuelas, que a las monásticas se le sumarían ahora las episcopales, encaminadas a elevar el nivel cultural de los presbíteros que, como sancionan los concilios toledanos, debía ser en general bastante bajo; la existencia de bibliotecas, tanto monásticas como reales y privadas, fue otro factor que reflejaba el mantenimiento de la cultura latina en el mundo visigodo; por otra parte, la labor intelectual de figuras tan célebres como Isidoro de Sevilla, Braulio de Zaragoza, Eugenio, Ildefonso y Julián de Toledo o Fructuoso de Braga eran una muestra del importante panorama literario hispano. El mismo autor manifiesta que la procedencia de estos eruditos muestra la desviación del centro cultural del este al oeste peninsular en el siglo VII. Así, Díaz y Díaz opinaba que, a pesar de que «fuera de las ciudades y ambientes aristocráticos poco avanzó la culturización de la Península» (DÍAZ Y DÍAZ 1976, 14), «producto de una política sistemática o no, la reacción pro cultural que había tenido lugar a fines del siglo VI parece en el siglo VII dar sus frutos».

Esta visión, en ocasiones idílica, del siglo VII, cuenta como fuentes de análisis con un número muy reducido de testimonios, en ocasiones indirectos y casi siempre relacionados con los ambientes eclesiásticos o, en general, con los centros de poder. Es innegable la importante producción literaria de los personajes antes citados, de la existencia de algunos centros escolásticos y de bibliotecas, pero todo

ésto debió afectar, básicamente, a una reducida élite cultural, que difícilmente implicaría a «todas las capas sociales». Como una muestra, no obstante, de la difusión de la escritura se ha señalado la diversidad de manos en las numerosas pizarras halladas, principalmente, en las provincias de Salamanca, Ávila y Cáceres. Para Díaz y Díaz (1976, 19) y Velázquez Soriano (1989, 69-70 y 571) las pizarras son un indicio de un número importante de personas alfabetizadas en estas regiones, que poseían una competencia gráfica desarrollada y un aceptable conocimiento de la lengua latina, así como de las «formulae» de algunos documentos jurídicos. ¿Hasta qué punto podemos considerar estos testimonios como la prueba de un alfabetismo relativamente difundido, conservados hasta hoy por las características especiales del soporte? ¿su existencia puede utilizarse como un argumento para generalizar esta difusión del alfabetismo en otras áreas donde el soporte de la escritura fuera menos perdurable y por ello de difícil conservación?

Más recientemente, la síntesis realizada por Ruiz Asencio (1991, 163-205) de la cultura de la época visigoda sigue haciendo hincapié, por un lado, en la pérdida de la mayor parte de los testimonios escritos de esta época, debido a la intolerancia religiosa del largo período musulmán, a la pérdida de vigencia legal de los documentos y al paso inexorable del tiempo que despreña todos aquellos textos considerados como «pasados de moda». Por otro lado, y a pesar de ello, remarca «el alto nivel cultural que alcanza España bajo los visigodos en los siglos VI y VII», que junto a los grandes personajes, abarcó a «capas muy amplias de la población», como constataría la permanencia de un notariado de raíz latina y las pizarras ya mencionadas. Según este autor la invasión musulmana «dio al traste con tanto esplendor cultural» y la desaparición de los códices y bibliotecas.

Como se indicó anteriormente, a partir del bajo imperio romano comenzaron a gestarse una serie de cambios en la cultura escrita, en sus canales de difusión, e incluso en el número y la condición de los que participaban en las redes de uso. Según G. Cavallo (1978, 483-484) las transformaciones significaron:

1) Reducción del número de alfabetizados y reorganización social de aquellos que poseían competencias gráficas. Alfabetizados serán los integrantes de la nueva élite que acapara el poder, político (burócratas y militares) o eclesiástico. Frente a ellos, el resto de la sociedad se verá excluida de «la vita pubblica attraverso tutta una serie di restrizioni e confinati in un «apartheid» definitivo», relegados a la categoría de analfabetos o semianalfabetos; 2) paulatina desaparición de las instituciones escolásticas, tanto a un nivel elemental, con las escuelas del *primus magister*, a las que podían acceder buena parte de la sociedad en época romana, como a un nivel superior, reservado a las élites en las escuelas de retórica. Ahora las competencias gráficas se adquirirán en el seno de las oficinas de la administración, para fines únicamente de gestión, o en las escuelas relacionadas con la Iglesia, monásticas o episcopales, igualmente para su propia gestión interna o para las necesidades de comunicación con lo «Absoluto» (HAENENS 1983, 236-237); 3) en consecuencia, el libro pasará a ser un instrumento relegado a esos usos de gestión política y religiosa y las necesidades del culto; 4) mutación en las formas de producción libraria. La copia de libros deja de ser *opus servile*. Los cen-

tros de copia serán de carácter religioso y su trabajo se considerará «obra piadosa»; 5) esto conlleva, por un lado, una restricción de los temas, fundamentalmente relacionados con la nueva literatura cristiana; 6) y, por otro, una restricción de la circulación libraria.

La conclusión es una nueva concepción del libro. Su función activa de instrumento de análisis y de canal de difusión de informaciones diversas no desaparece, pero sí sufre un proceso de monopolización por parte de una muy reducida élite cultural asociada a la Iglesia, a través de una política de configuración de «un duplice livello di cultura... e perciò di una produzione culturale differenziata in due diversi livelli» (PETRUCCI 1983, 22), la que hace un uso funcional o activo del libro, y aquella que por medio del canal oral y a través de «tecnicisti della comunicazione e della diffusione: i predicatori» participa de la cultura del libro de forma pasiva, viéndolo como un objeto revestido de un simbolismo ideológico *per se*, inalcanzable y negado. Este segundo nivel es el del «vulgus» analfabeto o semianalfabeto.

Esta panorámica describe un contexto gráfico y de alfabetización que, aún existiendo centros y periferias culturales (y el actual País Valenciano debe considerarse, sin lugar a dudas, como periferia cultural), se caracteriza por una caída generalizada del uso de la escritura y, por lo tanto, de las diversas producciones escritas; que, cuando éstas existen, son emitidas por la élite religiosa y laica que detenta el poder; y, por último, la configuración de un esquema rígido que convierte a una gran parte de la población a la condición de analfabeto o semianalfabetizado.

BIBLIOGRAFÍA

- BUCHNER, E. (1971): Eine neue christliche Inschrift aus Alicante, *Madridener Mitteilungen*, 12, 195-201.
- CAPPELLI, A. (1987): *Dizionario di abbreviature latine ed italiane*, 6ª ed. U. Hoepli, Milano.
- CAVALLO, G. (1978): Dal segno incompiuto al segno negato, *Quaderni storici*, 38, Ancona, 466-487.
- (1983): *Libri e lettori nell' medioevo. Guida storica e critica*, Bari.
- CORELL, J. (1989): Inscripción del obispo Anesio, atribuida erróneamente a Justiano, *Saitabi*, XXXIX, Valencia, 63-72.
- COURTOIS y otros (1952): *Tablettes Albertini. Actes privés de l'epoca vandale*, París, 3 vols.
- DÍAZ Y DÍAZ, M. C. (1958): La cultura de la España visigótica del siglo VII, *Caratteri del secolo VII in Occidente. Settimane di studio del centro italiano di studi sull'Alto Medioevo*. Spoleto. T. II, 813-844. También en DÍAZ Y DÍAZ, M.C. (1976): *De Isidoro al siglo XI*. Barcelona, 22-55.
- (1961): Sobre la posible data de las pizarras salmantinas con signos numéricos, *Zephyrus*, 12, 234-239.

- (1976): *De Isidoro al siglo XI*, Barcelona.
- ESCRIVÀ TORRES, V. (1991): Novedades epigráficas de la ciudad de Valencia, *Saguntum*, 24. Valencia, 177-191.
- GIMENO BLAY, F. M. (1990): Materiales para el estudio de las escrituras de aparato bajomedievales. La colección epigráfica de Valencia, en: Walter Koch (ed), (1990) *Epigraphik 1988*. Wien, Österreichische Akademie der Wissenschaften, 195-215.
- HAENENS D', A. (1983): Ecrire, utiliser et conserver des textes pendant 1500 ans: a relation occidentale a l'écriture, *Scrittura e civiltà*, 7, 225-260
- HERMET, F. (1934): *La Graufesenque (Condatomagos)*. I. Vases sigillés. II. Graffites, París.
- HÜBNER, E. (1871): (IHC) *Inscriptiones Hispaniae Christianae*. Berlín.
- (1900): *Inscriptionum Hispaniae Christianae Supplementum*. Berlín.
- JUAN, E. y PASTOR, I. (1983): Los visigodos en Valencia. Pla de Nadal: ¿una villa áulica?, *Boletín de Arqueología Medieval*, 3, Madrid, 137-179.
- LLOBREGAT, E.A. (1977): *La primitiva cristiandat valenciana. Segles IV al VIII*. L'Estel, Valencia.
- LOWE, E.A. (1934-): (C.L.A) *Codices Latini Antiquiores. A paleographical Guide to Latin Manuscripts prior to the ninth century*. XI vols, Oxford.
- PETTIT, R. y ALEDON, J. M. (1982): *Catálogo de las monedas valencianas*, Valencia.
- PETRUCCI, A. (1962): Per la storia della scrittura romana: I graffiti di Condatomagos; *Bulletino dell'Archivio Paleografico Italiano*, terza serie, 1, 85-132.
- (1983): La concezione cristiana del libro fra VI e VII secolo, en: *Libri e lettori nell'medioevo. Guida storica e critica*, a cura de G. Cavallo. Bari, 3-26
- RUIZ ASENCIO, J. M. (1991): La cultura, en: *Historia de España*, dirigida por R.Menéndez Pidal, tomo III, *La España visigoda*. Madrid, 163-205.
- SORIANO SÁNCHEZ, R. (1990): *La arqueología cristiana en la ciudad de Valencia: de la leyenda a la realidad*, Quaderns de difusió arqueològica, 1. Ajuntament de València. Valencia.
- SUSINI, G. C. (1982): *Epigrafía romana*. Ed. Jouvence. Roma.
- VELÁZQUEZ SORIANO, I. (1989): *Las pizarras visigodas: edición crítica y estudio*, Antigüedad y cristianismo, VI. Murcia.
- VENTURA CONEJERO, A. (1972): *Játiva romana*, Servicio de Investigación Prehistórica, Serie Trabajos Varios, núm. 42. Valencia.
- VIVES, J. (1963): *Concilios visigóticos e hispano-romanos*, Barcelona-Madrid.
- (1969): (I.C.E.R.V) *Inscripciones Cristianas de la España Romana y Visigoda*, CSIC, Barcelona.